

entronizar à sus reyes, cuando el Egipto y la Asiria rivalizaban en riquezas y ostentacion.

Queda fija por fin la ascendente mole, ostentando su majestuosa altura; y abriéndose de pronto las puertas de bronce, dejan ver interiormente su vasto espacio, y toda la extension de su pavimento terso y pulimentado. De la arqueada bóveda penden, por una sutil combinacion mágica, varias filas de radiantes lámparas y esplendorosos fanales, que alimentados por la nafta y el asfalto, difunden la luz como los astros de un firmamento. Penetra apresuradamente la multitud en aquel recinto, admirándolo todos, y unos ensalzan la obra, y otros al arquitecto. Dióse à conocer su mano en el cielo por la construccion de varias elevadas torres, donde los ángeles que empuñaban cetro tenian su residencia y trono de principes. El supremo Soberano los elevó à tal poder, encargándoles que gobernasen las celestiales milicias, cada cual conforme à su jerarquia.

Ni fué el mismo arquitecto desconocido, ni careció de adoradores en la antigua Grecia: los hombres de Ausonia <sup>1</sup> le llamaron Múlciber <sup>2</sup>. Contaba la fábula cómo fué arrojado por la ira de Júpiter, y por encima de los cristalinos muros del cielo, rodando todo un dia de estio desde la mañana al medio dia y desde el medio dia hasta la noche; y al ponerse el sol cayó del zenit, como una estrella volante, en Lèmos, isla del mar Egeo. Referianlo así los hombres y se equivocaban, pues la caída de Múlciber con su rebelde hueste, tuvo lugar mucho tiempo ántes. De nada le valió haber construido elevadas torres en el cielo, ni se salvó à pesar de todas sus máquinas, siendo arrojado de cabeza con su industriosa horda para que construyera en el infierno.

Entre tanto, los heraldos alados, por orden del soberano poder, con imponente aparato y à són de trompetas, proclaman en todo el ejército la convocacion de un consejo solemne, que debe reunirse inmediatamente en el *Pandemonium*, capital de Satan y de sus magnates. Intiman el llamamiento à los más dignos por su clase, ó por eleccion en cada hueste y legion regular, los cuales acuden al instante en grupos de ciento y de mil con su correspondiente séquito. Todas las avenidas están ocupadas, obstruidas las puertas, los espaciosos pórticos del templo, y sobre todo el inmenso salon, semejante à un campo cerrado, donde los bravos campeones acostumbran à cabalgar con todas sus armas ante el trono

(1) Italia.

(2) Era conocido también con los nombres de *Efestos* y *Vulcano*.



INTIMAN EL LLAMAMIENTO À LOS MAS DIGNOS POR SU CLASE....





ASÍ EN INNUMERABLE MUCHEDUMBRE REVOLOTEABAN BAJO LA BÓVEDA DEL INFIERNÓ.

del Sultan, retando á la caballería pagana á un combate á muerte ó á romper lanzas <sup>1</sup>. Bulle apiñado el enjambre de espíritus, así en la tierra como en el aire, agitando sus ruidosas alas. Como en la primavera, cuando se halla el sol en Tauro, hacen las abejas salir en grupos al rededor de la colmena á su populosa prole, y revolotean acá y allá entre las flores húmedas de rocío, ó sobre la plancha unida, que forma la esplanada de su pajiza ciudadela, cubierta de reciente néctar, y allí discuten y acuerdan sobre sus negocios de Estado; así revoloteaban y se comprimian aquellas numerosas legiones aéreas hasta el momento de darse la voz de alerta.

Pero ¡oh maravilla! los que ántes semejaban superar en altura á los gigantes, hijos de la Tierra, son ahora menores que los enanos más pequeños, amontonándose innumerables en un reducido espacio, parecidos á los pigmeos que se encuentran allende las montañas de la India, ó á los duendes que el rezagado campesino ve ó imagina ver en sus conciliábulos de media noche, junto al lindero de un bosque ó á la orilla de una fuente, mientras sobre su cabeza sigue tranquila la luna su pálido curso, acercándose más á la tierra, y los locuaces espíritus, entregados á sus danzas y juegos, halagan el oído del aldeano, cuyo corazón late á la vez de regocijo y miedo <sup>2</sup>.

De este modo aquellos espíritus incorpóreos redujeron su inmensa estatura á las más diminutas formas, y casi todos se hallaron, aunque seguían siendo innumerables, en el salón de aquella corte infernal. Pero más allá, interiormente, en sus verdaderas proporciones, y entre sí muy semejantes, hallábanse reunidos en un sitio retirado los grandes señores seráficos y los querubines; y mil semidioses, sentados en sillas de oro, constituían en secreto cónclave un consejo pleno, en que después de breve silencio, y leída la convocatoria, comenzó la solemne deliberación.

(1) Aquí indica el Autor las dos especies de combates que se verificaban en las antiguas estacadas ó campos cerrados de la Edad media, la justa y el duelo á muerte.

(2) Alusión á las supersticiosas creencias en duendes y brujas que tan comunes eran en todas partes, y á quienes se atribuía grande influencia sobre la Luna.